

porque en el cálculo aritmético me hallo bastante menos flojo que en lo demás de que vengo tratando casi por compromiso, y no sin cierto temor de que otros universitarios, más al tanto de las cosas y sus causas y efectos del país, sostengan—como un Dr. Reventós, habano—que Costa Rica es un país modelo en educación pública y, de consiguiente, que aquí se vive en el mejor de los mundos posibles... pedagógicamente considerados.

Mis muy queridos números y amigos fieles de toda exactitud, declaran como testigos de mayor excepción—según el Presupuesto vigente—la respetable suma de doscientos veinte mil colones bien contados (220,037,00) para costear las enseñanzas de Liceos, Institutos y Colegios, Escuelas profesionales, etc., etc., indicadas en mi anterior escrito, sin contar la Escuela de Agricultura, que, en mi concepto, habría de pertenecer a la Universidad, lo mismo que las Humanidades y sus establecimientos de lujo, según hoy se administran.

Por eso entiendo yo—y debe comprender todo ciudadano costarricense, libre de prejuicios—que, con las razonables economías que hubieran de hacerse en Segunda Enseñanza, con las que produjese el desvío de irracionales «orientaciones» en educación integral, que es la moderna educación y, sobre todo, con algo de lo mucho que cuesta el Departamento de Agricultura y sus Campos de Ensayo, entiendo yo, repito, que habría para sostener holgadamente todos los estudios agrícolas, teóricos y prácticos.

Su dependencia de la Universidad es un hecho en los Estados Unidos, donde tanto prospera lo moderno y de utilidad práctica, y en España, donde el Rectorado de cada una de sus diez Universidades gobierna y administra el correspondiente Distrito con todas sus escuelas, primarias, secundarias y especiales—con raras excepciones respecto de estas últimas,—y, sobre todo, en Francia, modelo de centralización científica, donde toda institución docente se halla sometida a la Universi-

dad y sólo por ella organizada, administrada y gobernada.

De modo que en esta democracia costarricense—tan nueva y casi en formación y constantes ensayos de lo moderno—, bien pudiera imitarse, cuanto a educación nacional, la conducta docente de los norteamericanos, así como también la de Francia y su organismo universitario, y hasta lo que al respecto se hace en España que, hoy por hoy, con todo y tener rey y real familia, es la nación más democrática del mundo.

Aquí en Costa Rica, no parece sino que la frecuente trepidación del suelo—que a veces desquicia y barre las ciudades—se comunica, con ritmo anual constante, a su malhadada enseñanza. Desde que pasa un curso de estudios, entre noviembre y diciembre, con o sin exámenes de quita y pon, ya se maquinan cambios y novedades para el próximo curso; y cuando éste se halla, por Febrero, en vísperas de inaugurarse, todo son conferencias bonitas, todo es «junta de rabadanes pedagógicos» y todo son pregones de la prensa diaria sobre las novedades de reformación académica.

Y a este propósito de cambios, retoques y composiciones, dicho se está que viene obligada, naturalmente, nueva redacción de programas en toda la línea, que tanto vale como victoria completa para sus redactores y editores, y negocio de librería a costa del tesoro público y de la desdichada población escolar, siempre sometida a tales experimentos.

Lo cual se evitaría humanamente, económicamente, racionalmente con la científica organización universitaria de que hablamos: pero no como quiera, bajo el poder de los Poncio Pilatos que tan a mal traer traen al joven educando, sino hecha y regida por los legítimos intelectuales que representan las fuerzas vivas del país y, por lo visto, están ahora ocultos bajo las nieblas y nubarrones de gentes que hay que tener por sospechosas, según sus procederes y resultados.

Aquí, pues, no aparece otro recur-